

LA MAREA

Por H.P. Blavatsky

El gran cambio psíquico y espiritual que actualmente está teniendo lugar en el Alma humana, es bastante notable. Se inició cerca del comienzo mismo del último lustro de nuestro siglo que ya casi termina, y concluirá —según una profecía mística— para el bienestar o la aflicción de la humanidad civilizada en el presente ciclo, que cerrará en 1897. Pero el gran cambio no se efectúa en solemne silencio, ni lo perciben sólo unos pocos. Por el contrario, se manifiesta en medio del clamor de muchas y muy ocupadas lenguas en un choque de opiniones públicas, que comparado al incesante y creciente rugido de la bulliciosa agitación política se asemeja al murmullo del joven follaje de un bosque en un cálido día de primavera.

Verdaderamente, el Espíritu del hombre, oculto durante tanto tiempo de la vista pública, tan cuidadosamente escondido y hasta ahora exiliado y distante del terreno del aprendizaje moderno, por fin ha despertado. Ahora se reafirma a sí mismo y reclama a viva voz sus no reconocidos, pero legítimos derechos. Rehúsa seguir siendo atropellado por el brutal pie de ese materialismo del que especulan las iglesias, y deja de constituirse en una insondable fuente de ingresos para quienes se han nombrado a sí mismos como sus custodios universales. Los anteriores negarían a la Presencia Divina su derecho a existir; y éstos últimos la acentuarían y la probarían por medio de sus colaboradores y de los celadores de las iglesias armados con sus bolsas de dinero y sus cajas de colecta. Pero el Espíritu del hombre —aquel directo, aunque ahora quebrado rayo y emanación del Espíritu Universal— ha despertado por fin. Hasta ahora, tan a menudo vivificado, perseguido y desacreditado a causa de la ignorancia, la ambición y la codicia; y con tanta frecuencia transformado por la locura del orgullo “en un vagabundo ciego, como un bufón del cual se mofa una hueste de bufones” en el terreno de los falsos conceptos, ha permanecido sin ser escuchado y despreciado. Hoy, el Espíritu del hombre ha retornado como el Rey Lear, de su aparente locura al buen sentido; y alzando su voz, habla ahora con aquel tono autoritario al que los hombres en el pasado escuchaban con reverente silencio a través de incalculables eras, hasta que, ensordecidos por el estruendo y el rugido de la civilización y la cultura, dejaron de escucharlo...

¡Miren a su alrededor y contemplen todo! Piensen en lo que ven y oyen, y saquen de ello sus propias conclusiones. La era del materialismo craso, de la locura del Alma, va desapareciendo rápidamente. La batalla a muerte entre el misticismo y el materialismo ya no es tan evidente, aunque aún ruge. Y la parte que va a triunfar en esta hora suprema va a regir la situación y el futuro; es decir, va a transformarse en la

autocrática y única regente de millones de hombres ya nacidos y aún por nacer, hasta el final mismo del Siglo XX. Si hemos de guiarnos por las señales de los tiempos, no van a ser los *animalistas* quienes permanecerán como los conquistadores. Esto nos es garantizado por los muchos valientes y prolíficos autores y escritores que últimamente se han alzado para defender los derechos que tiene el Espíritu a reinar sobre la materia. Muchas son las Almas honestas que ahora se alzan como una sólida pared contra el torrente de aguas fangosas del Materialismo. Y enfrentándose a la dominante inundación que aún arrastra hacia desconocidos abismos a los fragmentos del naufragio del destronado Espíritu humano, ahora ordenan: “Hasta aquí habéis llegado; pero no seguiréis adelante”.

En medio de toda esta externa discordia y desorganización de la armonía social; en medio de la confusión, la debilidad y las cobardes vacilaciones de masas atadas y enmarcadas por la rutina, la propiedad y la hipocresía; en medio de la última y muerta calma del pensamiento público que ha exiliado de la literatura toda referencia al Alma, al Espíritu y al divino trabajo de ambos durante la totalidad del período medio de nuestro siglo —escuchamos el surgir de un sonido. Como una clara y definitiva nota de promesa de largo alcance, la voz de la gran Alma humana proclama, y ya no en tonos débiles, el alza y casi la resurrección del Espíritu humano en las masas. Está despertando en los principales representantes del pensamiento y el conocimiento; hablándole a los más bajos y a los más altos, y estimulando a ambos para la acción. El renovado Espíritu que anima al hombre está desembarazándose audazmente de las oscuras cadenas de la hasta ahora vida y materia animales, que todo lo dominaban. Contemplad, clama el poeta, cómo asciende en sus grandes alas blancas, elevándose hacia las regiones donde habita la verdadera vida y la luz, desde donde, serenamente y como un dios, contempla con sincera lástima a los modernos ídolos de oro con pies de barro del culto materialista moderno, que hasta ahora han ocultado a las miopes masas sus verdaderos y vivientes dioses...

La literatura —escribió una vez un crítico— es la confesión de la vida social, lo que refleja todos sus pecados y todos sus actos, tanto de bajeza como de heroísmo. En este sentido, un libro es algo de mucha mayor importancia que cualquier hombre. Los libros no representan a un hombre. Son el espejo de un sinnúmero de hombres. De ahí que el gran poeta y filósofo inglés dijera de los libros, que éstos eran tan difíciles de matar y prolíficos, como los dientes de un fabuloso dragón. Si éstos se plantan por doquier, de ellos surgirán guerreros armados. Matar un buen libro es igual que matar a un hombre.

El “poeta filósofo” tenía razón.

Una nueva era ha comenzado para la literatura, de ello no cabe duda. Nuevos pensamientos y nuevos intereses han creado nuevas necesidades intelectuales; de ahí que esté surgiendo una nueva raza de autores. Y esta nueva especie, gradual e imperceptiblemente, terminará por eclipsar a la antigua, a esos vejesterios anticuados del pasado a quienes, aunque aún reinen nominalmente, se les permite hacerlo más por la fuerza del hábito que por la predilección. No es aquél que repite obstinadamente y como un loro las viejas fórmulas literarias aferrándose desesperadamente a las tradiciones de las casas editoriales de libros, quienes van a estar entre los que responden ante las nuevas necesidades; no es el individuo que prefiere la estrecha disciplina de su partido a la búsqueda del Espíritu por tanto tiempo exiliado en el hombre y las VERDADES hasta ahora perdidas; no serán éstos, sino verdaderamente aquellos que desprendiéndose de sus amadas “autoridades”, se alcen decididamente para portar resueltamente el estandarte del *Hombre del Futuro*. Finalmente, son aquellos los que, en medio del presente predominio de la veneración de todo lo material, de los intereses materiales y del EGOÍSMO, habrán luchado valientemente por los derechos humanos y por la naturaleza divina del hombre, y se transformarán —si logran triunfar— en los maestros de las masas en el siglo venidero y, por consiguiente, en sus benefactores.

Pero ¡ay del Siglo XX si el reinado de la actual escuela de enseñanza prevalece, porque de ser así el Espíritu quedará cautivo una vez más y silenciado hasta el fin de la era que se avecina! No son los fanáticos de la letra muerta en general, ni los iconoclastas y vándalos que luchan contra el nuevo Espíritu de pensamiento, ni tampoco los Puritanos que abogan por las viejas tradiciones puritanas religiosas y sociales, quienes jamás serán los protectores y salvadores del pensamiento humano que ahora resucita, ni del Espíritu. No lo serán aquellos persistentes sostenedores de cultos envejecidos, ni las herejías medievales de quienes conservan como una reliquia cada error de su secta o su partido, y que celosamente sostienen su forma de pensar, ¡no vaya a ser que saliendo de su adolescencia comiencen a asimilar alguna idea más fresca y beneficiosa! No son éstos los hombres sabios del futuro. No es para ellos que la hora de una nueva era histórica ha sonado, sino para quienes han aprendido a expresar y a poner en práctica tanto las aspiraciones como las necesidades físicas de las generaciones emergentes y de las pisoteadas masas actuales. Para que uno pueda comprender en su totalidad la vida individual con sus misterios psicológicos, psíquicos y espirituales, uno tiene que dedicarse con todo el fervor inspirado por una generosa filantropía y amor por sus semejantes a estudiar y conocer la vida colectiva, es decir, al Género Humano. Sin ideas preconcebidas o prejuicios, y sin el menor temor a los posibles resultados en una u otra dirección, tendrán que descifrar, entender y evocar desde su interior un sentimiento más profundo por el gran corazón sufriente de la gente pobre. Para lograr esto deberá “entonar su Alma con la de la Humanidad”, tal y como lo enseña la antigua filosofía;

lograr la maestría sobre el correcto significado de cada línea y de cada palabra en las páginas raudas del Libro de la Vida de la HUMANIDAD, y verse por entero saturado con el axioma de que ésta última es un todo inseparable de su propio SER.

¿Cuántos de tales profundos lectores de la vida pueden hallarse en nuestra tan ponderada era de las ciencias y la cultura? Por cierto, no nos referimos exclusivamente a autores, sino más bien a aquellos prácticos y aún no reconocidos, aunque bien conocidos, filántropos y altruistas de nuestra época; los amigos de la gente, los generosos amantes del género humano, defensores del humano derecho a la libertad del Espíritu. Son muy pocos, en realidad, porque ellos son el raro florecer de su época y generalmente los mártires de las muchedumbres prejuiciadas y de los oportunistas. Como aquellas maravillosas “flores de nieve” del norte de Siberia, que para poder emerger del frío suelo congelado tienen que romper la gruesa capa de nieve rígida y endurecida —del mismo modo estos inusuales personajes tienen que dar la batalla durante toda su vida ante la fría indiferencia y dureza humanas, además de enfrentar la mofa permanente del mundo de los ricos. Y, sin embargo, son ellos solamente quienes tienen que llevar a cabo la tarea con perseverancia. Es a ellos solamente a quienes se ha dado la misión de transformar lo ensoberbecido de los círculos sociales del amplio y fácil camino de la riqueza, la vanidad y los placeres vacíos, en el arduo y espinoso sendero de problemas morales más pronunciados y la perfección de más excelsos deberes morales de los que hasta ahora han perseguido. Son también aquellos que, habiendo ya despertado a las actividades más elevadas del Alma y que les ha sido dado el talento literario, tienen el deber de asumir el papel de despertar de la Bella y la Bestia en su Castillo encantado de Frivolidad, a la verdadera vida y a la verdadera luz. Permítase a todos los que puedan proceder valerosamente con esta idea firmemente establecida en sus mentes, y triunfarán. Son los ricos quienes deben ser regenerados primeramente, si lo que queremos es beneficiar a los pobres; porque es en los anteriores donde yace la raíz del mal del cual las clases “desheredadas” no son otra cosa que un crecimiento desmesurado. Esto puede a primera vista parecer paradójico, pero es verdad y puede demostrarse.

En vista de la presente degradación de todo ideal, como también de las más nobles aspiraciones del corazón humano, cada vez más prominente en las clases altas, ¿que puede esperarse de las más humildes? Es la cabeza la que tiene que guiar los pies, y a éstos últimos no podrá considerárseles culpables por sus acciones. Trabajen, en consecuencia, para efectuar la regeneración moral de las clases sociales más cultas pero mucho más inmorales, antes de tratar de hacer otro tanto por sus hermanos más jóvenes e ignorantes. Desde hace unos años se ha tratado de llevar a cabo esto último, y se sigue insistiendo en ello en estos días, y sin embargo, no vemos resultados tangibles. ¿No resulta acaso evidente que la razón de todo esto yace en el hecho de que aparte de unos

pocos bien intencionados, sinceros y abnegados trabajadores en este campo, la gran mayoría de los voluntarios proviene de las mismas clases sociales ultra-egoístas y frívolas que juegan a “hacer la caridad”, y cuyas ideas sobre el mejoramiento del actual estado físico y moral de los pobres están confinadas a lo que el dinero y la Biblia pueden lograr? Afirmamos que ninguno de estos dos factores pueden lograr algo bueno, porque las prédicas de la letra muerta y la imposición de la lectura de la Biblia desarrollan irritación y posteriormente ateísmo, y el dinero, como ayuda temporal, termina hallando su destino en las cajas registradoras de los bares, en lugar de servir para comprar el pan. La raíz del mal yace pues en causas morales, no físicas.

Si se nos pregunta qué es lo que daría resultado, responderemos claramente: la literatura teosófica, apresurándonos en añadir que bajo este término no queremos dar a entender libro alguno en relación con adeptos ni fenómenos psíquicos, ni las publicaciones de la Sociedad Teosófica.

Hay que aprovechar y sacar provecho de “la onda de la marea” que ahora felizmente empieza a invadir a la mitad de la Humanidad. Habla al despertar del Espíritu de la Humanidad, del Espíritu humano y del Espíritu en el hombre, estos tres en Uno, y el Uno en Todos. Dickens y Thackeray, ambos nacidos un siglo demasiado tarde —o un siglo demasiado temprano— cayeron entre dos oleadas de pensamiento espiritual humano, y a pesar de que han servido para dar señales individualmente y han inducido ciertas reformas parciales, han fallado sin embargo en tocar a la sociedad y a las masas en su totalidad. Lo que el mundo europeo necesita ahora es una docena de escritores como Dostoievsky, el autor ruso, cuyos trabajos, a pesar de constituir un terreno desconocido para la mayoría, son de todos modos bien conocidos en el continente, como también en Inglaterra y Estados Unidos entre las clases cultas. Y lo que el novelista ruso ha hecho es expresar valerosa y claramente las verdades menos bienvenidas a las clases altas *e incluso a las oficiales*, estas últimas mucho más peligrosas que las anteriores. Y sin embargo, ponderemos, la mayoría de las reformas administrativas que tuvieron lugar durante los últimos 20 años se deben a la silenciosa y *no bienvenida* influencia de su pluma. Tal como acota uno de sus críticos, las grandes verdades proclamadas por él, fueron sentidas por todas las clases sociales tan intensa y vívidamente, que personas cuyas opiniones era diametralmente opuestas a las suyas no pudieron sino experimentar la más cálida simpatía por este audaz escritor, e incluso así se lo expresaron:

“Ante los ojos de todos, amigos y enemigos, se transformó en el portavoz de la irreprimible voz de una necesidad que la Sociedad no podía continuar ignorando, y a mirar con absoluta sinceridad dentro de lo más profundo de su propia alma, para transformarse en jueza imparcial de sus propias acciones y aspiraciones”.

Toda nueva corriente de pensamiento, toda nueva tendencia de la época tuvo y por siempre tendrá sus rivales y sus enemigos, algunos combatiéndola abiertamente aunque sin éxito; otros, con gran habilidad. Pero éstos siempre están hechos de la misma pasta —por así decir— común a todos. Se ven impulsados a la resistencia y a las objeciones por los mismos objetivos egoístas y mundanos, por las mismas metas materiales y el espíritu calculador de quienes guiaron a sus opositores. Mientras hacen notar otros problemas y proponen otros métodos, en realidad no dejan en momento alguno de vivir con sus adversarios en un mundo de intereses comunes, como también manteniendo en forma fundamental e idéntica las mismas opiniones sobre la vida.

Lo que entonces era necesario, era un hombre que al margen de cualquier partidismo o de lucha por la supremacía, ofreciera su vida pasada como garantía de la sinceridad y honestidad de sus opiniones y propósitos; uno cuyo sufrimiento personal representara la clara firmeza de sus convicciones; en fin, un escritor de innegable genio literario; porque solamente tal hombre tal podría expresar palabras capaces de despertar el verdadero espíritu en una Sociedad que había perdido el rumbo moviéndose en una dirección equivocada.

Ese tipo de hombre era Dostoievsky — el patriota convicto, el esclavo de galeras que volvió desde la Siberia; ese escritor de fama europea y rusa; ese indigente sepultado mediante contribuciones voluntarias; un bardo que agitó las almas de todos los pobres, los insultados, los heridos, los humillados; el mismo que develó con tan inmisericorde crueldad las plagas y las llagas de su época...

Son los escritores de este tipo los que se necesitan en estos días del despertar; no autores que escriben pensando en fama y dinero, sino valerosos apóstoles del mundo viviente de la Verdad, sanadores morales de las llagas y pústulas de nuestro siglo. Francia tiene a su Zolá, que hizo notar, con no poca brutalidad, pero manteniéndose fiel a la verdad, la degradación y la lepra moral de su gente. Pero Zolá, si bien castiga los vicios de las clases bajas, nunca se ha atrevido a denunciar a las altas más allá de denominarlas *la pequeña burguesía*, simultáneamente pasando por alto su inmoralidad. Resultado: los campesinos, que no leen novelas, no se han visto afectados en lo más mínimo por sus obras literarias, y la *burguesía*, a quienes la plebe no les puede importar menos, tomó lo expresado en *Pot bouille* de una manera que hizo que el realista francés perdiera todo deseo de nuevamente quemarse los dedos en las ollas de la familia. Desde un comienzo, entonces, Zolá siguió un sendero que, aunque le trajo fama y fortuna, no lo ha llevado a parte alguna en lo referente a efectos saludables.

De si los teósofos, en el presente o en el futuro, alguna vez buscarán una aplicación práctica de la sugerencia, es algo que está por verse. Escribir novelas con un contenido moral en ellas lo suficientemente profundo como para impresionar a la Sociedad, requiere de un gran talento literario, y un teósofo *natural* como lo era Dostoievsky deja a Zolá fuera de toda posibilidad de comparación con él. Pero semejante talento no es común en todos los países. Aún así, e incluso en ausencia de tan grandes dones, uno puede hacer el bien de manera más modesta y humilde tomando nota y exponiendo con narrativas impersonales los terribles vicios y males diarios, de palabra y obra, mediante publicaciones y ejemplo práctico. Dejemos que la fuerza de tal ejemplo motive a otros a seguirlo; y entonces, en lugar de ridiculizar nuestras doctrinas y aspiraciones, los hombres del siglo XX, ya que no los del siglo IX, verán con mayor claridad y juzgarán con conocimiento y de acuerdo con los hechos, en lugar de prejuzgar de acuerdo con errores enraizados. Y será entonces, y sólo entonces, que el mundo se verá obligado a reconocer su equivocación, y que solamente la Teosofía puede gradualmente crear una humanidad tan armoniosa y con un alma tan simple como la del propio Kosmos. Pero para lograr esto, los teósofos tienen que actuar como tales. Habiendo contribuido a despertar el espíritu en muchos hombres —expresamos esta abiertamente desafiante contradicción— ¿nos detendremos ahora en lugar de nadar con la marea?

Publicada originalmente en la revista *Lucifer*, Noviembre de 1889.

Traducción y Redacción: Eulalia M. Díaz